

Igual cosa sucedió con el «bledo» (*amaranthus spinosa*).

Ahora deseamos plantear nuestras dudas, que son varias.

En primer lugar, ¿de dónde vienen tan diversas clases de hierbas?

Hemos enumerado las variedades sobresalientes, pero son miles las que aparecen.

Por otra parte, «nosotros no traemos estiércol ni materia alguna en que pudieran venir semillas al terreno».

Además, aceptando que en el suelo estén las semillas, ¿cuál podrá ser la razón que existe para que no germinen simultáneamente? Por qué lo ha-

cen en una sucesión casi invariable y por qué desaparecen algunas, sin razón aparente?

Hay, sin duda, en la vida de las hierbas de los campos, mucho ignorado aún y que puede llegar a ser de suma utilidad para el agricultor conocerlo alguna vez.

La fuerza, el poder germinativo, la resistencia de estos pequeños vegetales, «verdaderos salvajes», es tal, que si el agricultor descuida un momento el combate, lo vencen.

La mala hierba es el problema que más urge resolver.

JUAN J. CARAZO

## De cómo se juzgó recientemente a un muerto

### Pongan atención los vivos

**V**oy a poner en solfa castellana lo que há poco soñó uno de los redactores de un gran diario parisiense. Prefiero hacerlo así, en vez de traducir fielmente su relato, porque este procedimiento me da la ventaja de poder hacer de paso las observaciones que me sugiera mi caletre.

Pero antes diré quién era el muerto, cuya última disposición testamentaria fué causa de aquel sueño.

Llamóse en vida M. Chauchard; fué propietario de los grandes almacenes del Louvre; amasó en ese comercio una fortuna de ciento cincuenta millones de francos; no se le conocieron nunca parientes, aunque ahora, después de muerto, le han resultado algunos, indudablemente apócrifos; no fué casado porque nunca tuvo tiempo desocupado para cortejar a ninguna dama honesta, y además por razones de economía; cifró su vanidad en alcanzar la Legión de Honor, que le fué concedida por M. Loubet en pago de unos cuadros célebres que regaló al Museo Nacional, y por último, ha muerto a principios del mes pasado, dejando dispuesto en su testamento que su cuerpo, al cual él amó con un egoísmo sin límites, fuese embalsamado, y se le hicieran los funerales y el entierro más fastuosos que haya presenciado París.

En su disposición testamentaria quiso legar a Mr. Loubet siete millones, que este austero anciano no aceptó; pero a Mr. Leigues, Ministro que fué de Mr. Loubet, y menos delicado que éste, le dejó doce millones que sí aceptó; a una jamona del mundo galante, que en los últimos años trató en vano de encender los destellos apagados del amor en el cuerpo de aquel viejo codicioso y tétrico, ¡cincuenta millones!; y así, entre la vanidad de su sepelio y diversos legados extravagantes, se dis-

tribuyó aquella enorme fortuna, sin que la caridad ni la filantropía hubieran recibido un solo centavo de ese mercader-condecorado.—Para los empleados del almacén que le ayudaron a acumular su riqueza, una miseria; para los pobres de París, para los institutos de beneficencia, nada!

De modo que este infeliz, que vivió sin lustre y sin gloria, pidió por acto de vana ostentación que lo juzgaran después de su muerte, y la sociedad intelectual y el pueblo de París lo han juzgado. ¡Y de qué manera! Cuando el convoy fúnebre desfilaba por las calles de la gran ciudad, formado por amigos pagados para el caso, las gentes que lo veían pasar se encogían de hombros, y exclamaban con un mohín de desprecio: «voilà le cochon; tanta bulla para enterrar a ese marrano».

Como juicio póstumo, creo que a nadie se le ha hecho uno tan expresivo ni tan lacónico.

Veamos ahora lo que, con motivo de ese acontecimiento, que dió pasto un día a la crónica mundana de todo París, soñó el escritor a que me referí al principio.

Pues soñó que había sido uno de los legatarios de M. Chauchard, en cantidad próximamente igual a la que recibió la dama en recompensa de sus esfuerzos por animar las energías atrofiadas del amor en aquel viejo valentudinario, una suma así como de cincuenta millones, que se le presentaba en monedas relucientes, amontonadas en el suelo de su cuarto, formando una colina de oro.

Lo primero que hizo fué calcular las rentas que eso le produciría. Una enormidad: ¡más de doscientos mil francos al mes!

¿Y qué iba a hacer él con todo aquello?—Vamos por partes. Empezaría por rectificar el torpe proceder del di-

funto, ejerciendo la filantropía a manos llenas; y dió dinero a cuantos se lo demandaban con apariencias de necesidad; y cuando hubo dado mucho, observó que los pobres no disminuían, y supo que uno a quien había entregado una suma gorda, porque se decía padre de varios hijos que estaban en la indigencia, fué recogido una noche en la puerta de una casa de juego, borracho perdido y sin un céntimo.

Cambió entonces de táctica: cerró la bolsa a la filantropía y la abrió a la caridad, destinando a los institutos de beneficencia la mitad de sus rentas. Y por ese lado se alivió de un gran peso.

¿Pero qué hacer con el resto? Naturalmente, montar una gran casa, con muebles soberbios, y numerosos criados con librea, y cocheras atestadas de magníficos carruajes, y daría comidas y conciertos, y deslumbraría a París con su boato; mas es el caso que él había vivido hasta entonces en su diminuta casita de campo, servido por una cocinera y un criado, tan sumisos, tan cariñosos y leales y su vida había corrido siempre tan tranquila y feliz! ¿Cómo cambiarla por aquel palacio lleno de francachelas y de fórmulas, hostigado día y noche por el mundo vicioso e importuno, que le criticaría más acerbamente mientras más dinero le arrancara?

No, mil veces no. Se quedaría en su casita, cuidando amoroso sus cuatro matas del jardín, sólo con su alegría y con la paz de su alma.

Pero bien podría comprar un automóvil para correr por las calles, como un anuncio ambulante que recordara a todos su riqueza. Mas ¿de qué manera puede divertir a nadie eso? Salir disparado en una máquina como un loco, atropellar aquí a un anciano, asustar más allá a los niños que juegan, aplastar acullá un perro que se atraviesa, no parece que pueda ser diversión muy agradable; y en cuanto a tener el automóvil para pasear por el campo, sabido es que eso no sirve sino para circular por las carreteras, donde lo único que se encuentra es mucho polvo, y muchos transeúntes a quienes se incomoda en su marcha penosa de peatones, que van cansados después de la brega del trabajo, y agobiados quizá bajo el fardo de sus necesidades y tristezas. Además, esta máquina sólo puede ser útil a los charlatanes ambulantes, que van de pueblo en pueblo con sus fierros de sacamuelas y sus frascos de medicamentos maravillosos, desquijarando a las gentes, y pregonando en las plazas desde lo alto de su carro de bohemios, sus maravillosos específicos. ¿Pero para un hombre de juicio y millonario...?

Nada de automóvil. Seguirá él como antes paseando libremente por los campos, recorriendo los senderos al azar,